

LA PRUDENCIA MILITAR: EL CAPITÁN Y EL SOLDADO EN EL “EXAMEN DE INGENIOS” DE HUARTE DE SAN JUAN

Luis F. AVILÉS
University of California
Irvine, CA 92697. EE. UU.
laviles@uci.edu

EN EL PROEMIO DEDICADO A LORENZO STROZZI de su famoso libro *Del arte de la guerra* (1521), Maquiavelo señala la distancia que existe entre la vida civil y la militar, presentando la milicia como una transformación radical del sujeto. El oficio de soldado es una forma de vida que requiere de nuevos vestidos, diferentes usos y maneras de hablar que se alejan “del normal comportamiento civil,” donde es necesario esquivar los “modales y actitudes considerados” porque son “afeminados” y “desfavorables.” Como marca visual de esta transformación, el soldado debe dejar crecer su barba y hablar de una manera que le permita “intimidar a los demás” (5). Esta distinción entre espacio civil y militar, la cual para Maquiavelo no existía en una Antigüedad que ve con suma nostalgia, también forma parte de los argumentos de Castiglione en su libro *El cortesano* (1528), donde explica que los aspectos militares de alguna manera deberían poder controlarse en el espacio de la corte: “no queremos que [el cortesano] se muestre tan fiero que continuamente traiga braveza en el rostro y en las palabras, haciéndose un león [...] y amenazando al mundo con aquella ferocidad con que suelen amenazar los soldados” (1, 17, 129-30). Castiglione parecería tomar muy en cuenta y responder al deseo de Maquiavelo de unir (como en la Antigüedad clásica) las esferas de la corte y la milicia, espacios y estilos de presentación del ser que el autor de *El cortesano* trata de mantener separados.¹

Resulta muy revelador este proceso de transformación necesario para enfrentarse a los enemigos en el campo de batalla. Podríamos considerarlo como el desarrollo de la particular *aspereza* del soldado, su fiereza y disposición para confrontar al enemigo e intimidarlo. Es un reconocimiento de características específicas de la personalidad del soldado que son muy distintas al trato requerido en el mundo civil y cortesano. En su *Examen de ingenios para las ciencias* (1575), Huarte de San Juan propone también un cuadro complejo de las personalidades tanto del soldado como del capitán prudente, siguiendo las pautas de un proyecto humanista cuyo propósito principal era

catalogar sistemáticamente la diversidad de ingenios.² En el capítulo 13 del *Examen*, Huarte representa con lujo de detalles a ambas figuras militares y las transformaciones que requiere el oficio de las armas y el enfrentamiento con el enemigo. Mi propósito es explorar cómo dicha representación tiene implicaciones muy importantes relacionadas con la práctica de la guerra, cuestiones éticas, los usos del lenguaje, la valentía, la prudencia y la fisiología corporal, exponiendo detalladamente lo que para mí resulta un complejo pensamiento sobre el arte militar. Me enfocaré primordialmente en la utilización de un concepto de prudencia íntimamente ligado a la astucia y el engaño, lo que da pie a analogías contradictorias que amenazan la ética del comandante. Estudio también cómo el sistema humoral es suplementado por factores contextuales que expanden lo que a primera vista podría parecer un dominio preponderante de la naturaleza y la biología sobre la libertad de acción del sujeto.

El comandante astuto: comprometer la ética

El capítulo 13 del *Examen de ingenios* comienza citando a Aristóteles para así explicar y al mismo tiempo corregir la primacía que comúnmente se le asigna a los soldados valientes sobre los capitanes prudentes. Concluye Huarte, siguiendo de cerca a Vegecio, que la prudencia “es más necesaria en la guerra, que la osadía en acometer” al enemigo (526). Aunque el propósito fundamental de su libro sea el estudio analítico de “los ingenios que piden las letras,” de todas maneras encuentra una justificación para desviarse del tema general de su obra y proveer un gran “servicio a la república” enumerando las diferencias que requiere este ingenio del capitán y las señales que muestra, las cuales podrán ser identificadas por el Rey para así seleccionar al mejor comandante de su ejército. Para determinar los atributos del capitán, Huarte comienza por definir el término milicia, el cual tiene su origen en la palabra malicia, una “razón doblada, astuta y mañosa de hacer mal,” parafraseando a Cicerón (527). La guerra se define entonces como un choque de fuerzas donde ambas partes tratan de engañar y hacerle daño a su respectivo enemigo. La malicia, la astucia, la solercia y todo lo concerniente a la imaginativa son, en última instancia, condiciones necesarias para sobrevivir y salir victorioso de la confrontación militar. Los astutos comandantes “en un momento atinan al engaño, y menean la mente con facilidad” (529), ya que poseen una agilidad mental que no solamente produce engaños para vencer en la guerra, sino que también pueden reconocer la astucia del otro porque ellos mismos la poseen. Huarte propone que en la guerra “es menester tener

el mismo ingenio para poderse amparar” (529). Lo interesante de estas ideas sobre la guerra es que para los comandantes el conflicto existe en el nivel de la imaginativa, la cual logra anticipar los movimientos del otro gracias a una agilidad mental de carácter anticipatorio, dirigida hacia el futuro y que potencia la representación eficaz de los objetos en la mente. Se postula también un parecido entre los comandantes enemigos, una especie de identificación necesaria para poder concebir estrategias efectivas de guerra. Al ser parecidos en sus intenciones y en sus capacidades imaginativas, ambos capitanes prudentes pueden de esa manera identificar más fácilmente el daño que se avecina. Además, mediante el uso de esa misma potencia de la “imaginativa adivinatoria” tienen no solamente que hallar los engaños, sino también encontrar “los remedios” (530) que deben a su vez permanecer ocultos, creándose así un juego de visibilidades e invisibilidades que acompañan la confrontación bélica.

Para Huarte la figura opuesta a este hombre militar con imaginativa que potencia el engaño y la astucia es el hombre de gran entendimiento. Este hombre no encuentra los medios con rapidez, es llano, simple y misericordioso, “todo lo cual suele hacer mucho daño en la guerra” (529). Por eso es el perfecto amigo, incapaz de anticipar los engaños ni de hacerlos él mismo. El perfecto amigo es aquél que se comporta frente a otros de manera opuesta al capitán prudente frente a su enemigo, ya que éste siempre va a interpretar el discurso del otro como una mentira (una estrategia que oculta una intención agresiva). En otras palabras, la guerra es la confrontación entre astutos mentirosos al nivel de los comandantes, los cuales no pueden confiar en el enemigo en ningún sentido.³

Huarte parecería proponer al hombre de entendimiento como un buen consejero cuando se vale del ejemplo bíblico de Achior (527-29), quien anticipa las posibles intenciones escondidas de Judit y su pueblo pero, al comunicarlas a Holofernes (su amigo), es rechazado severamente por éste. En este caso el discurso verdadero del amigo en el contexto político y de intrigas que dibuja el ejemplo puede entenderse mejor como un caso de *parrhesia*, ese *franc-parler* tan estudiado por Foucault en la última etapa de su vida.⁴ La *parrhesia* es un enunciado que mantiene una estrecha relación entre el emisor y la verdad, que se comunica a un receptor con mayor poder y, por lo tanto, crea un contexto de riesgo para el que habla.⁵ En el ejemplo de Huarte, tenemos en efecto a un inferior (Achior) que le comunica directamente una verdad a su superior (Holofernes), contextualizada dentro de un circuito de intrigas militares y políticas. Los consejeros y amigos vendrían a ser portadores de ese discurso de verdad que, al emitirse, podría acarrear consecuencias graves para ellos mismos. Pero Huarte no puede evadir confrontarnos con

una gran contradicción en el ejemplo, ya que no puede explicar cómo el amigo de mucho entendimiento podría convertirse en un buen consejero político si es incapaz de detectar acertadamente el engaño y la astucia (por su simpleza inherente). Huarte encuentra en el ejemplo de Achior a un amigo que, en efecto, ofrece voluntariamente un buen consejo que intenta despertar a Holofernes de su ceguera frente al drama escenificado por Judit: “Puesta ya Judit delante de Holofernes, se postró por el suelo, y, juntas las manos, le comenzó a adorar y decir las palabras más engañosas que a hombre se han dicho en el mundo en tanto que creyó Holofernes, y todos los de su Consejo, que les decía la verdad” (528). Es cierto que al amigo siempre hay que creerle y, en este sentido, el ejemplo de Achior funciona perfectamente. Sin embargo, no deja de contradecir su definición del perfecto amigo como el opuesto de la astucia y la maña, como el sujeto incapaz de descubrir la estratagema del otro. Si por un lado la prudencia “se ha de usar con el enemigo,” entonces la relación con el amigo requiere de “llaneza y simplicidad” (530), lo cual no resuelve la posición tan peculiar del consejero-amigo en el contexto de las intrigas políticas.

En el caso de Judit, ella sería la representante de una de las formas posibles del lenguaje utilizado por el enemigo, la cual consiste en el habla del adulador. Siguiendo a Foucault, el adulador es un personaje inferior que, por medio de un uso engañoso del lenguaje, trata de conseguir de un superior lo que desea (2002, 357-58). En el caso de los enemigos, el adulador (en este caso Judit) lo que intenta es destruir y liquidar al interlocutor, un extremo de las relaciones de poder que es consistente con el contexto de la guerra. Mientras que el discurso del *parrhesiastes* (Achior) intenta visibilizar lo que permanece escondido para la persona que tiene el poder (Holofernes), el discurso del enemigo produce en su *performance* la invisibilidad requerida para así arrebatarse el poder a quien lo tiene y destruirlo. Esto concuerda con la conclusión de Foucault de que la *parrhesia* es lo opuesto de la adulación o, como él lo llama, una “antiadulación” (2002: 361), ya que no intenta mejorar al superior diciéndole una verdad que no conoce sino que promueve la ocultación de una verdad para así menoscabarlo.

Me he detenido por extenso en la relación del discurso y la verdad porque me permite comenzar a explorar el problema ético que forma la base de la representación del capitán prudente. A pesar de conocer muy bien la *Ética* de Aristóteles, Huarte no reproduce una distinción crucial de la que sí se vale el Estagirita al definir la prudencia. Dicha distinción mantiene separados los términos prudencia y habilidad (astucia). Mientras que la habilidad se define como la capacidad de encontrar los mejores medios para llevar a cabo cualquier fin, la prudencia debe guiarse por la virtud y mantener una noción de

lo bueno que delimite la naturaleza del fin: “si el objetivo es bueno, será elogiabile, pero si es malo, será *habilidad para el mal*. Por eso llamamos *hábiles tanto a los prudentes como a los malhechores*. La *Prudencia no es esta facultad* pero no se da sin ella. [...] *es imposible ser prudente sin ser bueno*” (1144a, 199; mi énfasis). De acuerdo con Aubenque, la prudencia se distingue de la habilidad o astucia “no sólo como lo determinado a lo indeterminado, sino como lo bueno a lo indiferente, es decir, como la virtud (susceptible de elogio) a la naturaleza moralmente neutra” (74, nota 133). Lo crucial en cuanto al aspecto ético de la elección prudente estriba, según Aubenque, en “la elección razonable que, guiada por la elección del bien, decide lo mejor posible en cada momento y deja el resto al azar” (158). Para Huarte en cambio, así como para otros teóricos de la guerra como Maquiavelo, la prudencia no puede distinguirse de la habilidad y, por lo tanto, escamotea el aspecto ético de la guerra y hace posible que tanto el prudente como el malhechor sean considerados como hábiles. Así como el amigo que tiene un gran entendimiento y se vale de enunciados transparentes que comunican siempre una verdad no es apto para la guerra, de esta misma manera la prudencia sin habilidad o malicia tampoco serviría para la confrontación con el enemigo porque no podría presentar a sus ojos un teatro de engaños visibles que sirva las funciones del discurso adulador, mentiroso y efectivo (aquél que esconde las verdaderas intenciones).

En el *Examen de ingenios* hay una clara exclusión de los aspectos éticos del comandante debido a la relación demasiado estrecha que existe entre prudencia y malicia (habilidad, astucia). Es tan grande esta necesidad de mantener la astucia en los modos de actuar y de pensar en la guerra que Huarte recurre a comparaciones negativas, como la que utiliza cuando establece un enlace estrecho entre el ladrón y el capitán y que anunciaba la definición ya citada de malicia como “razón doblada, astuta y mañosa *de hacer mal*”: “Ningún ladrón hay que no trate de hurtar de manera que no sea visto; ni hay capitán que no desea tener prudencia para vencer al enemigo. Pero el ladrón que no tiene ingenio para hurtar, con maña es luego descubierto, y el capitán que carece de imaginativa presto es vencido” (533-34). Esta analogía no sería posible sin la exclusión del aspecto ético de la prudencia como la búsqueda de medios para llegar a un fin bueno. Dicho de otro modo, la exclusión de lo bueno como finalidad del acto prudente *es la condición de posibilidad que permite que exista la analogía entre el capitán y el ladrón*. La comparación es tan estrecha que las acciones del ladrón (no ser visto, tener ingenio, no ser descubierto) son perfectamente compatibles con la naturaleza misma de la relación entre los capitanes enemigos en el campo de batalla, caracterizada por la mentira, el engaño y la (in)visibilidad. En otra parte del capítulo 13 del *Exa-*

men, la relación entre prudencia y ética recibe otro golpe muy severo. Esto ocurre en el momento en que Huarte trata de explicar (y corregir) a Aristóteles cuando éste se hace la pregunta sobre por qué la fortuna es amiga de la gente ruin. Mientras que el filósofo resuelve la cuestión definiendo la fortuna como una fuerza ciega que determina y controla la vida del sujeto afectado por ella, Huarte acude al ingenio de los ruines como respuesta superior, devolviendo al sujeto su capacidad de actuar ingeniosamente y por ende otorgándole el control de su fortuna: “La verdadera solución de esta pregunta es que los malos son muy ingeniosos, y tienen fuerte imaginativa para engañar comprando y vendiendo, y saben granjear la hacienda y por dónde se ha de adquirir; y los buenos carecen de imaginativa, muchos de los cuales han querido imitar a los malos y, tratando con el dinero, en pocos días perdieron el caudal” (544-45). Huarte pasa a citar como ejemplo de esta prudencia negativa el caso bíblico del mayordomo que administra mal la hacienda (Lucas 16, 8), concluyendo: “La cual *prudencia (aunque fue para mal) alabó Dios* y dijo: [...] ‘más prudentes son los hijos de este siglo en sus invenciones y mañas, que los que son del bando de Dios’” (545; mi énfasis). En este caso, la prudencia ha perdido mucho de su relación con lo bueno para acercarse aún más a la definición que destaca la capacidad de hacer el mal. Resulta interesante que esa prudencia dirigida hacia un fin negativo merezca la alabanza de Dios, puesto que los que están del bando divino son demasiado buenos y les hace falta este tipo de maña (son más palomas y deberían ser serpientes).⁶ De hecho, la verdadera implicación de la cita es que este tipo de malicia es absolutamente necesaria para vivir mejor en el mundo.

Huarte concibe así al capitán como alguien capaz de dominar las condiciones de la guerra por medio de un ingenio muy parecido al del ladrón y las personas ruines que logran enriquecerse porque pueden controlar a la fortuna. Esta doble caracterización del capitán como prudente y astuto está determinada por el contexto de la guerra, donde hay que sobrevivir los atentados del otro bando y es muy peligroso ser bueno. Podríamos ilustrar este desvío de la ética que he planteado aludiendo a un ejemplo opuesto donde encontramos la representación de unos personajes en la zona de guerra que no siguen las pautas propuestas por Huarte. Me refiero a Rodrigo de Narváez y Abindarráez en la novela *El Abencerraje*. Reconozco que esta novela y el *Examen de ingenios* son textos muy distintos y que las escaramuzas son muy diferentes al mando de ejércitos del que habla Huarte. Sin embargo, ofrezco este ejemplo simplemente para ilustrar otra vertiente muy distinta donde la ética (entendida como falta de astucia y engaño del otro) es un componente indispensable de la representación del capitán y su enemigo y que no deja de producir resultados muy positivos en la frontera de guerra. En esta obra, el

capitán Rodrigo de Narváez no controla la fortuna porque es mañoso, sino que lo hace gracias a su virtud, la cual le permite resolver los problemas más significativos y también rechazar al final la parte del regalo enviada por Jarifa que consistía en las seis mil doblas zaenes (137). Narváez no acepta esta parte de los regalos porque “en rescebirlo yo pareciera cobdisioso mercader” (137). Ya aquí se rompe la relación entre la fortuna y la riqueza propuesta por Huarte al responder a Aristóteles, representando otra fortuna cuya directriz principal es la virtud y cuyos efectos más significativos (el honor y la amistad) predominan por sobre la economía de cautivos y sus ganancias que formaba parte de las relaciones en la frontera. Esa economía militar característica de la frontera de Granada es superada al rechazarse la posibilidad de aceptar un regalo que se parece mucho a un pago por un rescate que Narváez prometió no aceptar en su carta dirigida al rey de Granada (134). Más significativo aún, el capitán Narváez es capaz de entablar un diálogo con un enemigo *basado en enunciados cimentados en la verdad y la efectividad de las promesas*, donde Abindarráez revela su amor secreto gracias a su previo conocimiento de oídas de la virtud de su enemigo. En el contexto de la guerra y la comunicación con un representante del otro bando, no existe la mentira y la desconfianza que identifica Huarte. La revelación del secreto de Abindarráez, prologada por un suspiro, no significa una estrategia hábil para librarse del cautiverio, ni tampoco un ardid para lograr prometer algo que no se va a cumplir, sino que es la comunicación que se hace a un otro admirable y con el cual se va a desarrollar esa verdad constitutiva del lenguaje entre los amigos de la que también habla Huarte, pero que propone como lo más alejado y dañino en el contexto de la guerra.⁷ No existen los secretos escondidos entre Abindarráez y Narváez, y el único que aparece al principio es resuelto mediante la pregunta por el enigma del suspiro que abre la posibilidad del diálogo. En este sentido, podemos entender ahora las limitaciones éticas de la representación del capitán y la guerra que he señalado en el *Examen de ingenios*, las cuales dependen de un concepto limitado de la prudencia, íntimamente ligado a las nociones de astucia, mentira, engaño, robo e invisibilidad. Los casos de entendimiento y acuerdo entre enemigos, tal y como aparecen en *El Abencerraje*, serían imposibles de concebir bajo la definición de prudencia propuesta por Huarte.

La importancia de la exclusión de la ética prudencial de la representación del excelente capitán en el *Examen de ingenios* es que resulta en la imposibilidad de incluir como parte de dicha representación argumentos a favor de las limitaciones y controles que deberían guiar la conducta militar y que estarían a cargo de los comandantes. Aquí me refiero a toda la tradición de la guerra justa (*jus ad bellum*) y, en particular, a ese pensamiento que logró reflexionar

sobre las restricciones que deberían existir durante la confrontación con el enemigo (*jus in bello*).⁸ Francisco de Vitoria, en su relección titulada “Sobre el derecho de la guerra,” describe con lujo de detalles los parámetros que deben guiar la conducta del comandante y los ejércitos, incluyendo la identificación correcta del enemigo, no dar muerte a las poblaciones civiles y evitar masacres innecesarias. Obviamente el propósito de Huarte es proporcionar al Rey una especie de guía para mejor identificar a un buen comandante, alguien que pueda vencer al enemigo de manera eficaz y proteger la república. Sin embargo, el peligro de proponer la prudencia militar como astucia, habilidad y maña es que no se incluyen en la representación las señales que puedan identificar una forma de conducta en la guerra que no desemboque en los desastres y aniquilaciones que suelen ocurrir. En otras palabras, ¿cómo un capitán hábil y prudente va a poder decidir los límites del conflicto que puedan evitar los excesos? Huarte no propone en ningún momento resolver este problema, puesto que su preocupación principal es definir al capitán como ingenioso y hábil para la victoria, ofreciendo las señales para reconocerlo.

Soldados valientes y capitanes prudentes

Huarte enumera en el capítulo 13 las señales “extrañas y dignas de contemplar” que ha de poseer una persona con “esta manera de ingenio” (532). Se puede postular así una distinción clara entre la falta de complejidad de la aparición visual (física) del soldado y la dificultad de la “contemplación” visual del capitán. Según Maquiavelo, el aspecto físico del soldado comunica de inmediato su ferocidad y no esconde su intención de intimidar al otro con su fiereza. Esa es la manera de comportarse en el campo de batalla, aunque no en la corte como sugiere Castiglione. Las señales “extrañas” del comandante, sin embargo, hacen que su carácter no sea tan fácilmente reconocible. Huarte enumera siete de ellas: el prudente no puede ser valiente ni tener mucho ánimo (atributo del soldado), no puede ser blando y de buena condición (característica del que tiene buen entendimiento), es descuidado en el ornamento de su persona, es calvo, tiene “pocas palabras y muchas sentencias,” es honesto y se ofende con las “palabras sucias y torpes,” y la más importante según el autor, es bien afortunado y dichoso gracias a su imaginativa.⁹

El cuadro corporal y psicológico que reproduce Huarte es, ciertamente, muy variado y hasta contradictorio. En especial no deja de sorprender la asignación de cobardía al hombre naturalmente prudente. Huarte ve la necesidad de resolver esta aparente paradoja (la cual ya aparecía en Platón) recurriendo al argumento de que tanto la fortaleza como la temperancia “son dos

virtudes que el hombre tiene en la mano, aunque le falte la disposición natural” (532). Esto explica por qué los nobles son valientes aunque sean criados “entre muchos regalos,” ya que tienen en muy alta estima la honra y no quieren que “les digan cobardes” (534). La honra le confiere a la valentía una amplitud muy necesaria, ya que puede fomentar las acciones heroicas de personas que no estén predispuestas naturalmente a ser valientes. Dicha latitud permite que el comandante pierda su natural cobardía gracias al ánimo que instiga la honra en el combatiente, tanto desde una perspectiva negativa (vergüenza de que lo llamen cobarde) como positiva (fama, buena reputación). En este sentido la honra hace que el prudente y el soldado puedan compartir algo en común. La importancia extrema que posee el honor, junto con su aspecto comunitario y de vigilancia que opera tanto en la zona de guerra como en la civil, es lo que explica la valentía compulsoria de los participantes en el ejercicio de las armas. El comandante y el soldado existen para ser vistos, como los hombres de acción, y este carácter visual de su participación ante otros testigos es lo que los impulsa a dominar cualquier defecto en su constitución natural frente al peligro. Este aspecto de la vigilancia del testigo y su influencia en los soldados poco valientes aparece en un pasaje importante de *El cortesano*: “cada día acontece en los peligros de importancia, donde hay muchos testigos, hallarse hombres que, aunque sean de poco ánimo, todavía movidos por la vergüenza o por la compañía, van adelante casi con los ojos cerrados, y satisfacen a lo que su obligación los fuerza, pero Dios sabe cómo” (1, 17, 129). A ese “Dios sabe cómo” respondería Huarte diciendo que el miedo al qué dirán los demás despierta el ánimo e impele al soldado en el momento decisivo.¹⁰

El otro problema que confronta Huarte con la definición del prudente es su relación con la fortuna, tema al que ya había aludido al hablar de la astucia y la imaginativa mañosa como instrumentos que de alguna manera pueden dominar los eventos de la vida. Para Huarte, la fortuna no es una fuerza caótica que atrapa enteramente al ser humano y lo sumerge en una realidad absurda, sino que los hombres pueden influir y tener ingerencia y cierto poder en el contexto en el que se desenvuelven. Son capaces de determinar su propia fortuna gracias a la imaginación astuta de su prudencia. Se podría concluir que la prudencia natural le otorga a la fortuna algo muy parecido a lo que la honra le regala a la prudencia natural. En ambos casos, la función de los elementos es desestabilizar el carácter rígido y conceptual de la definición tradicional de fortuna (como caos ininteligible que cancela el libre albedrío) y de prudencia natural (como incapacidad para ser valiente). Se añade a las acciones humanas un nivel de apertura necesario para que el sujeto tenga voluntad propia y cierta libertad de medrar en el mundo aunque carezca de

una predisposición natural. Son formas de generar diferencia dentro de la aparente rigidez del sistema humoral.

Huarte suplementa aún más los atributos del soldado y el capitán recurriendo a una lectura alegórica del juego de ajedrez como “modelo del arte militar, representado en él todos los pasos y contemplaciones de la guerra, sin faltar ninguno” (546-47). Declara el autor que en el juego no podemos hablar de jugadores dichosos o desafortunados, sino que debemos valernos de otras categorías. De esta manera sustituye la buena o mala fortuna por la sabiduría para el vencedor y la ignorancia para el vencido (547). El hecho de que ambos contrincantes tengan el mismo número de piezas (como si dijera el mismo número de tropas y recursos para la batalla) indica que el juego medirá el saber particular de cada uno y no si es afortunado o no. Lo que se mide en el capitán prudente y lo que va a determinar su honra es su sabiduría para utilizar sus recursos y su imaginativa en el campo de batalla.

Con respecto al soldado, la situación es muy diferente. Representado por el peón en el juego de ajedrez, el soldado solamente se mueve hacia adelante porque no puede tomar decisiones propias: “no ha de saber el soldado que hay tiempo de huir ni acometer en la guerra si no es por orden del que los gobierna” (547). Las decisiones son del prudente y sabio comandante y no del soldado. Además, su función principal es “guardar su portillo so pena de infame” (547), mencionando así la fama negativa que conlleva siempre el peligro de actuar cobardemente. En el soldado se va a medir su valentía y esfuerzo gracias a los testigos que lo ven actuar. Pero a este incentivo provisto por la opinión de otros, de índole comunitario como ya he indicado, se le añade otro de carácter más individual que contribuye al estímulo de acciones valientes: los honores, beneficios y honras que se le otorgan al soldado esforzado. Este reconocimiento se representa en el juego como la capacidad que tiene el peón de recorrer las siete casillas y convertirse en dama: “el peón que corriere siete casas sin que le prendan, reciba nuevo ser de dama y pueda andar por donde quisiere y asentarse junto al rey, como pieza libertada y noble” (547). Este premio y reconocimiento de las acciones del soldado, contenido también en el juego de ajedrez y el caso del peón, representa no solamente otro estímulo más para el ánimo del soldado, sino que ayuda a Huarte a explicar el origen humilde de toda familia y descendencia honrada. Define además el significado de la acción virtuosa y extraordinaria como un segundo nacimiento de tipo espiritual que va más allá del nacimiento natural: “Cuando el hombre hace algún hecho heroico o alguna extraña virtud y hazaña, entonces nace de nuevo, y cobra otros mejores padres, y pierde el ser que antes tenía” (553-54). Este nuevo nacimiento es lo que define la palabra *hidalgo*, hijo de algo, las acciones virtuosas y heroicas que hacen que el

humilde soldado nazca de nuevo y se convierta en un otro distinto. Se configura así una representación ideal del soldado como una trayectoria de cambios sucesivos que va desde su existencia civil o cortesana, convertido luego en una persona áspera que debe intimidar al enemigo, para finalmente poder nacer otra vez a otro modo de ser que resulta de sus acciones valientes y extraordinarias, las cuales le confieren un rango más alto para sí y para su familia.

La lectura del juego de ajedrez como representación de la guerra ilustra también el precio que paga el capitán y cual es su recompensa al momento de ejercitar su sabiduría militar. Volviendo al juego, Huarte responde a dos problemas o dudas interesantes con las que nos confronta el ajedrez. Por un lado, por qué “se corre más el hombre de perder que a otro ninguno [juego], sin que vaya interés ni se juegue de precio;” por otro, “de dónde pueda nacer que los que están mirando vean más tretas que los que juegan, aunque sepan menos” (563).¹¹ La primera duda identifica una afrenta desmesurada que sufre el que pierde aún cuando no se juega por premios o beneficios, como ocurre con la baraja. Esta duda no presenta problema alguno para Huarte, puesto que se explica porque los hombres detestan perder “en cosas de ingenio y habilidad,” en especial porque es “racional y amigo de honra, y no puede sufrir que en las obras de esta potencia otro le haga ventaja” (563-64). Lo que sí deja entrever este razonamiento sobre la primera duda es que si un jugador puede afrentarse en exceso por perder en un juego, nos podríamos imaginar entonces la magnitud de la afrenta y deshonor cuando se piensa en el capitán y sus responsabilidades en la guerra verdadera.

En el caso de la segunda duda, es mucho más complicada la respuesta. La segunda duda identifica un espacio privilegiado desde donde poder articular los mejores movimientos y tretas del juego. Este es el lugar que ocupa el espectador quien, a pesar de que pueda carecer del mismo nivel de sabiduría que el jugador, podría de todas maneras pensar mejores movidas. La explicación que ofrece Huarte es fisiológica:

los que están jugando al ajedrez tienen miedo de perder, por ser juego de pundonor y afrenta y no haber en él fortuna como hemos dicho; y recogiendo los espíritus vitales al corazón, queda la imaginativa torpe por la frialdad, y los fantasmas a oscuras, por las cuales dos razones no puede obrar bien el que juega. Pero los que están mirando, como no les va nada ni tienen miedo de perder, con menos saber alcanzan más tretas, por tener su imaginativa más calor y estar alumbradas las figuras con la luz de los espíritus vitales. (567)

Es importante destacar en esta cita la identificación que hace Huarte de dos espacios que coexisten en el juego, uno donde la circunstancia en la que se encuentra el jugador conspira en contra de su capacidad para salir victorioso,

y otro donde el espectador se ve a salvo de la afrenta u honor del resultado y por lo tanto acrecienta su capacidad para proponer mejores jugadas. Huarte hace un comentario sobre el capitán en la guerra y lo define aquí como un hombre cuya prudencia se ve afectada por la guerra misma y las preocupaciones que lo atormentan. Huarte termina identificando la importancia del capitán para la guerra y su superioridad frente al mero espectador que se piensa en entera libertad de criticar:

Si esto considerasen los que ponen lengua en los capitanes generales condenando sus tretas y el orden que dan en el campo, verían cuánta diferencia hay de estar mirando la guerra desde su casa, o jugar lances en ella con miedo de perder un ejército que el rey le ha puesto en sus manos. (568)

El espectador, al no verse involucrado directamente en los acontecimientos, pierde su superioridad como juez frente al hombre que se ve obligado a tomar decisiones bajo el gran peso de su responsabilidad. Huarte reivindica al comandante frente a los juicios distantes, lejanos y protegidos del espectador, aunque dichos juicios puedan ser mejores.

Como he señalado, las dificultades que encuentra el soldado para actuar de forma honorable en la guerra se resuelven en el *Examen de ingenios* por medio de tres elementos interrelacionados: la presencia de testigos que den cuenta de sus acciones, un sentimiento fuerte del honor y la posibilidad de ganar beneficios. En el caso del capitán, su actuación depende de las tretas que pueda ingeniar para vencer al enemigo mediante su sabiduría prudencial y su capacidad para superar los obstáculos que su mismo oficio genera en contra suya (la excesiva preocupación que le hace perder su habilidad para encontrar fácilmente los engaños que le lleven a la victoria). Aunque la ira ayude al soldado en la batalla, no ocurre lo mismo con el capitán, quien debe permanecer en un estado de tranquilidad y sosiego para que sus espíritus alumbren los fantasmas y la imaginativa funcione efectivamente. Esta idea la ilustra Huarte nuevamente con el ajedrez: “la mucha luz deslumbra también la imaginativa. Y acontece cuando el que juega está corrido y afrentado de ver que le ganan, entonces con el enojo crece el calor natural y alumbra más de lo que es menester” (567). Son éstas las peculiares dificultades del capitán cuando las comparamos con las del soldado.

La importancia capital que le otorga Huarte a una imaginativa definida desde la perspectiva del truco, la treta, el engaño y, como he indicado, el alejamiento de consideraciones éticas, hace que el oficio del capitán presente dificultades muy particulares. En la guerra el soldado no solamente tiene que dar cuenta de sí al comandante, sino también a los demás hombres que lo acompañan en la empresa militar y que están ahí para asegurar su valentía.

Los compañeros en el ejército existen como suplementos que, mediante su función de testigos, mejoran cualquier impedimento natural que posea un soldado particular. En contraste, el comandante se encuentra más bien solo. El capitán prudente es responsable solamente frente a su rey y la inmensa responsabilidad que lleva a cuestas es otro enemigo al que tiene que lograr vencer. En comparación con el soldado y el capitán, la figura del espectador no involucrado que hace acto de presencia por medio de la alegoría del juego de ajedrez permanecerá en una posición inferior, puesto que no arriesga nada al emitir un juicio desde su casa. Nótese cómo Huarte defiende las decisiones del capitán desde la perspectiva del que está involucrado en eventos importantes y toma decisiones de alta trascendencia, lo cual contrasta con la tranquilidad y distancia del espectador que critica desde su casa o que corrige *a posteriori* las decisiones de los comandantes. Si el soldado tiene que nacer y transformarse más de una vez dependiendo del espacio que ocupe y el momento en que vive (en el mundo civil, en el campo de batalla, o luego de sus actos heroicos), el capitán tiene también que sufrir varias transformaciones inherentes a su puesto (las del soldado si lo ha sido, pero además las comparaciones con el ladrón, el ruin o malhechor, el engañador y estratega que maneja muy bien el discurso de la mentira y además puede vencer el peso de su propio cargo). El espectador, tal y como lo representa Huarte, carece de esta movilidad y cambio porque no interviene en los eventos a pesar de que tenga mejores ideas, no necesita transformarse, no opera en otro espacio que no sea la tranquilidad de la distancia.

Al valerse de analogías como la del ajedrez, Huarte termina delineando un cuadro de los hombres de guerra como sujetos afectados por su condición natural pero a su vez suplementados por las contingencias de la vida militar. La guerra representa una alteración significativa de la vida, y si bien requiere de ciertas virtudes a su vez produce posibilidades para aquellos que no estén del todo preparados para enfrentarse al enemigo. El soldado no muy valiente puede serlo gracias a la presencia de otros soldados y los premios y honores que le prometen; el capitán prudente no es valiente naturalmente pero puede llegar a serlo porque existe el honor; la prudencia en el comandante puede verse afectada por las grandes tensiones de la guerra; la habilidad y la astucia resuelven el problema de la fortuna de forma favorable para el que sea ingenioso. En este sentido, para Huarte la guerra es un evento que parecería desestabilizar un sistema rígido de atributos naturales, promoviendo una cierta latitud que él intenta incorporar dentro del esquema humoral y médico recurriendo a las analogías ya discutidas. Me parece que esta es una de las contribuciones más notables que hace Huarte de San Juan a las ideas sobre la guerra y las representaciones tanto del soldado como del capitán prudente. Por estas razones consi-

dero que el capítulo XIII del *Examen de ingenios* merecería una posición mucho más destacada dentro de la tratadística militar del siglo XVI.

NOTAS

1. Uno de los ejemplos más interesantes de las consecuencias de mezclar la aspereza del soldado con la blandura y suavidad del cortesano aparece en el soneto XXVIII de Garcilaso de la Vega. Véase mi artículo (2005a), donde aludo a esta mezcla de cortesía y agresividad como un conflicto producido por la incapacidad del soldado de adaptarse al contexto cortesano, lo cual se identifica con un atributo salvaje (36-37).
2. La pretensión del proyecto huartiano es “distinguir y conocer estas diferencias naturales del ingenio humano, y aplicar con arte a cada una la ciencia en que más ha de aprovechar” (Segundo Proemio, 164). Cito de la edición de Guillermo Serés, indicando en el texto el número de página entre paréntesis.
3. Sobre este punto, Huarte cita el Eclesiastés: “jamás creas a tu enemigo; porque te dirá palabras dulces y sabrosas, y en su corazón está poniendo asechanzas para matarte; llora con los ojos, y si haya ocasión conveniente para aprovecharse de ti, no se hartará de tu sangre” (527).
4. Véanse en especial la clase del 10 de marzo de 1982, en *La hermenéutica del sujeto* (353-89), y el texto *Fearless Speech*.
5. Véase Foucault 2002 (354-55), y 2001 (13-15).
6. Ya Huarte había citado a Mateo en relación a la serpiente y la paloma: “Mirá que os envío como ovejas en medio de los lobos; sed prudentes como las serpientes y simples como las palomas” (530).
7. Para el suspiro en *El Abencerraje*, véase mi artículo (2003), donde explico en detalle sus funciones en la obra.
8. El libro fundamental sobre la guerra justa en general es el de Michael Walzer. Además, recomiendo los artículos de Brian Orend y Alexander Moseley. Una reciente antología de textos, editada por Reichberg, Syse y Begby, recoge la tradición del pensamiento sobre la ética y la guerra. La preocupación sobre la guerra justa fue motivo de intensos debates a raíz de la conquista de las Indias, los cuáles comenzaron a finales del siglo XV y se extendieron hasta el gran debate entre Las Casas y Sepúlveda a mediados del siglo XVI.
9. Huarte enumera estas señales en las páginas 532-42.
10. Para una discusión detallada de la importancia de los testigos asociada a la valentía, véase mi artículo (2005b), donde trabajo específicamente el capítulo 20 de la primera parte de *Don Quijote*.
11. Dejo a un lado las dudas ocasionadas por la dieta de los jugadores, lo cual no entra dentro de los parámetros de mi estudio.

OBRAS CITADAS

- El Abencerraje (novela y romancero)*. Ed. Francisco López Estrada. 10.^a ed. Madrid: Cátedra, 1996.
- Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Trad. José Luis Calvo Martínez. Madrid: Alianza, 2001.
- Aubenque, Pierre. *La prudencia en Aristóteles*. Trad. María José Torres Gómez-Pallete. Barcelona: Crítica, 1999.
- Avilés, Luis F. “Los suspiros del *Abencerraje*”. *Hispanic Review* 71 (2003): 453-72.
- . “Las asperezas de Garcilaso.” *Caltope* 11 (2005a): 21-47.
- . “En el límite de la mirada: el espectador en *Don Quijote*”. *Cervantes y su mundo*. Vol. 2. Eds. Kurt Reichenberger y Darío Fernández Morera. Kassel: Reichenberger, 2005b. 1-21.
- Castiglione, Baldassare. *El cortesano*. Trad. Juan Boscán. Ed. Mario Pozzi. Madrid: Cátedra, 1994.
- Foucault, Michel. *Fearless Speech*. Ed. Joseph Pearson. Los Ángeles: Semiotext(e), 2001.
- . *La hermenéutica del sujeto: curso en el Collège de France (1981-82)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Huarte de San Juan. *Examen de ingenios*. Ed. Guillermo Serés. Madrid: Cátedra, 1989.
- Maquiavelo, Nicolás. *Del arte de la guerra*. Trad. Manuel Carrera Díaz. Madrid: Tecnos, 2000.
- Moseley, Alexander. “Just War Theory”. *The Internet Encyclopedia of Philosophy*. Ed. James Fieser y Bradley Dowden. 2006 <<http://www.iep.utm.edu/j/just-war.htm>>.
- Orend, Brian. “War”. *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Ed. Edward N. Zalta. Winter 2005 Edition <<http://plato.stanford.edu/entries/war/#2>>.
- Reichberg, Gregory M., Henrik Syse, y Endre Begby, ed. *The Ethics of War: Classic and Contemporary Readings*. Malden: Blakwell, 2006.
- Vitoria, Francisco de. *Sobre el poder civil. Sobre los indios. Sobre el derecho de la guerra*. Ed. Luis Frayle Delgado. Madrid: Tecnos, 1998.
- Walzer, Michael. *Just and Unjust Wars: A Moral Argument with Historical Illustrations*. 4.^a ed. New York: Basic Books, 2006.